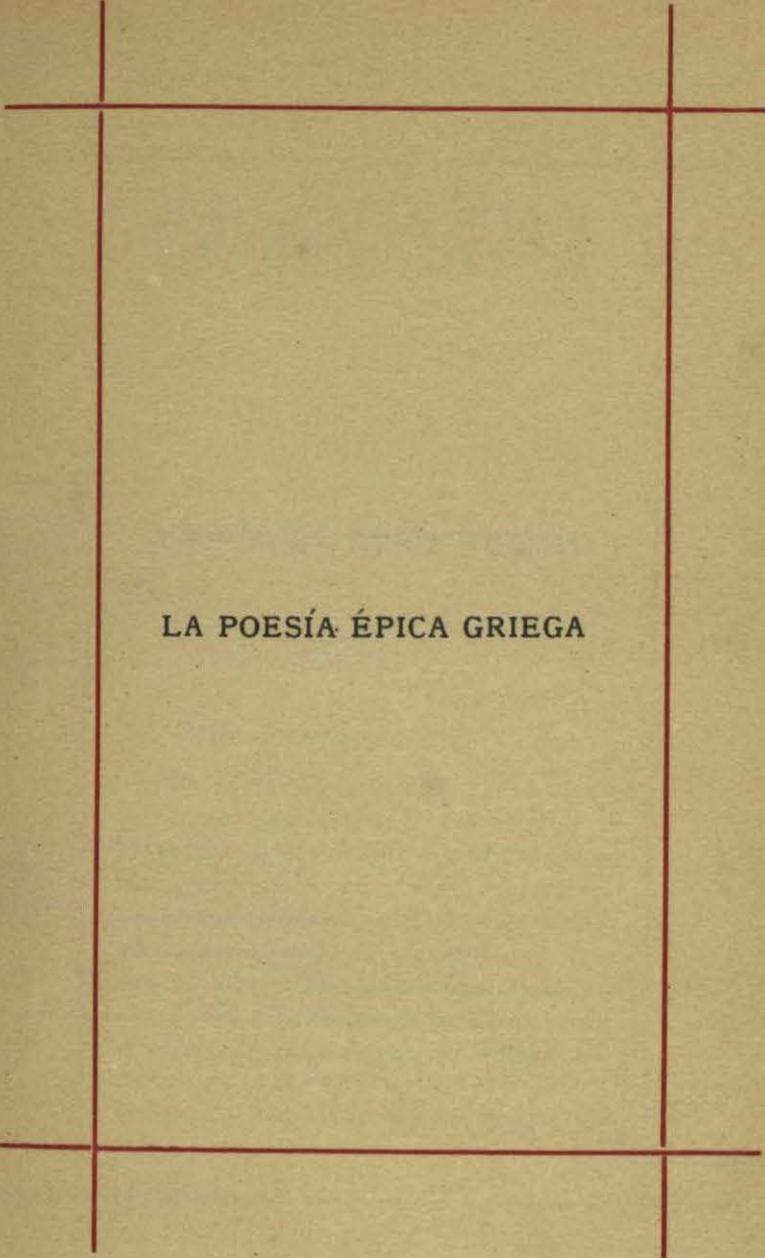


860
H.



LA POESÍA ÉPICA GRIEGA



LA POESÍA ÉPICA GRIEGA



Señoras y señores:

De los treinta ó más poemas épicos que la intensidad del sentimiento religioso y la exuberancia de la imaginación poética produjeron en la Grecia legendaria, La Iliada es el único que nos ha llegado en relativa integridad, pues de los otros sólo quedan los títulos y algunas indicaciones de sus argumentos. ¿Y La Odisea? La Odisea, aun cuando siempre va aparejada con La Iliada en los tratados de literatura, y á pesar de que una invencible costumbre la atribuye á Homero, no es, en mi concepto, una epopeya heroica, sino una novela fabulosa, pues si bien es verdad que

conserva elementos épicos, se distingue del gran poema homérico —hasta caracterizarse— por una descripción escénica más amplia, más detallada, más familiar; por una psicología de los personajes más sabia y más sutil; por un arte más analítico en la incomparable gracia de la narración, de tal modo, que nos aparece, no como un conjunto de grandiosos episodios épicos, sino como una serie deliciosa de cuentos. Así, pues, el tipo de la *epopeya homérica* es La Iliada. Digo epopeya homérica, porque en el género épico, como en todos los géneros literarios, hay una gran variedad de producción, debida al genio especial de cada raza, y no es posible parangonar La Iliada —ni dentro de la más arbitraria definición de la más elástica metafísica— con las epopeyas virgiliana, camoesina ó dantesca. No hemos hecho el estudio abstracto y estéril de la Epopeya en general, sino el estudio positivo y fecundo de una epopeya concreta, La Iliada.

I

Con este título conocemos veinticuatro cantos ó rapsodias, de autores diferentes y de épocas diversas, que refieren las hazañas de algunos héroes en un momento especial de la vastísima leyenda relativa á la Guerra de Troya. La Crítica moderna ha logrado hacer, según lo establecerá nuestro análisis del poema, una clasificación, quizá definitiva en sus líneas generales, de esos episodios épicos, considerando, como obra del mismo poeta ó Aeda, los cantos I, XI, XVI y XXII, que parecen formar el núcleo, el poema primitivo que otros poetas ensancharon simultáneamente y sucesivamente, ya parafraseando los temas originales, como de notoria manera se ve en los cantos XVII y XX, ya introduciendo novedades episódicas ajenas á la acción, como en los cantos VI, XIII, XIV, XVIII y XXI, ya, por último, incorporando al poema, por medio de ligamentos artificiales, algunos cantos épicos aislados, independientes, como el magnífico canto V y los débiles cantos IX, X y XII.

En cambio, la Crítica no ha sido afortunada buscando tenazmente en la historia, en la leyenda y en la poesía al Cantor, al Bardo, al Aeda vigoroso y esplén-

dido que, preludiando en su ruda cítara de cuatro bordones acordes guerreros, dió á la memoria fiel y á la declamación patética de los rapsodas, esos cantos sangrientos, divinamente iluminados por la belleza de alabastro de Helena y la sonrisa de oro de Afrodita. Homero escapa á nuestra mirada cubierto por la magnificencia de la leyenda. Parece que el Dios Arquero Apolo, para substraerlo á las impiedades de los retóricos, lo envuelve, como á Eneas para preservarlo de la muerte y de la profanación, en una nube de oro.—Las exiguas indicaciones de Platón y de Thucydides no disipan el misterio, antes lo acrecen, en torno á Homero, considerándolo como un bardo errante, ciego y pobre; para hacerlo descender gloriosamente de Orfeo, construye el historiador Hellanicos un eslabonamiento fantástico de diez generaciones; un biógrafo que se escúda con el nombre de Herodoto, asegura que Homero se llamaba Melesígenes, por haber nacido á orillas del río Melé en Smyrna; otro escritor anónimo, que se ampara con el nombre de Plutarco, afirma que Homero era hijo de un Sátiro y de una muchacha de la isla de Ios; y, por fin, el emperador Adriano, dejando á un lado libros doctos y filósofos graves, que sólo fábulas le decían, ávido de conocer la figura real del cantor de Aquiles, recurrió al Oráculo de Delfos, á la voz viva de la verdad, á la fuente augusta de la revelación, y la Sacerdotisa Infalible no quiso comprometer su infalibilidad, respon-

diendo al emperador, con profunda ironía, que Homero era nativo de Itaka y hermano de Telémaco!

En una época en que no se conocía la escritura, base de los anales y madre del espíritu crítico que discierne la realidad de la ficción, época en que la Leyenda florecía en suntuoso apogeo y el Mito divino y heroico brotaba como una lujosa planta silvestre en la tierra helena, los mitos y las leyendas de Dioses y de Héroes, que desfilaban en el fascinante cortejo de la poesía épica, eran para el griego homérico la historia toda del pasado y la verdad completa de la vida. Y Homero corrió la suerte común: bajo su nombre, los poetas hicieron, con las leyendas populares, poemas para el pueblo; y el pueblo, que en más de siete ciudades se disputaba al Cantor, hizo la leyenda de Homero. *Homero fué un hombre y fué un Dios.*

No es esta una simple frase literaria, es una verdad absoluta desde el punto de vista de los griegos primitivos.—El espíritu griego fué, por excelencia, armonioso; un admirable equilibrio de la razón y del sentimiento presidió siempre, en esa raza privilegiada, lo mismo las concepciones políticas que las especulaciones filosóficas y que las creaciones del arte. El griego nunca cayó en los extremos: no fué frívolo y no fué complicado. Y esa armonía, que en la época gloriosa de Athenas produjo obras perfectas, manifiéstase, como es natural, desde las primeras irradiaciones del alma del pueblo. Ningún otro pueblo ha te-

nido tan rica pubertad poética como el griego. Las Musas fueron sus nodrizas musicales. Basta estudiar la estructura de las genealogías griegas, para comprender que todas obedecen á una necesidad de armonía espiritual, ligando á los miembros de una misma agrupación en el culto de un antepasado común, de un *epónimo*, es decir, que da su nombre á la comunidad entera, y que ésta, con su imaginación religiosa y poética, eleva á la categoría de Dios. Y no se crea que los griegos distinguían en esas genealogías los elementos históricos de los elementos legendarios, los personajes reales de los personajes míticos; para la fe del pueblo, no sólo unos y otros eran verdaderos, sino que los Dioses y los Héroe de quienes derivaba la descendencia humana habían tenido una vida más grande y más gloriosa.—Ahora bien: en la isla jónica de Kios habitaron los aedas que con más vuelo épico cantaban las hazañas heroicas de la leyenda. Algunos de ellos, los más geniales de ellos, pertenecían á una *gens* ó agrupación de familias vinculadas por el culto de un progenitor común divino ó semi-divino que les daba su nombre. Este antepasado *epónimo* era Homero; por eso la *gens* de Kios se llamaba Homérica ó de *Los Homéridas*. Está bien comprobada por la crítica la realidad de los Homéridas, cuya existencia se prolonga, por lo menos durante tres siglos, hasta los tiempos plenamente históricos

de la Grecia.* Y si conforme á algunos pasajes de Platón, los Homéridas aparecen tan sólo como una especie de depositarios y guardianes de la riqueza poética de la *gens*, en las primeras épocas fueron verdaderos poetas creadores que, dando forma épica á la leyenda, difundieron por todos los pueblos helenos la poesía divina y heroica.

Y esta poesía, en la forma en que la conocemos, corresponde más á la idea de una serie de obras debidas á la inspiración de muchos cantores, que á la de un solo aeda que, sin colaboración ninguna, hubiese coordinado un vasto poema uniforme. La *Ilíada* revela la unidad del genio griego en la variedad de los poetas que la formaron. El mismo espíritu de raza, idéntica fidelidad á la tradición, igual apego á las formas poéticas consagradas —salvo naturales excepciones,— dan al poema su profunda y alta armonía. ¡Pero cuántas voces descubre el espíritu en esos cantos guerreros! La *Ilíada* es un Coro épico.

Conserva la historia algunos nombres de Homéridas: Kynoetos, Thestor, Parthenios. Sería trabajo

* Algunos Homéridas nos citan, á lo que creo, dos versos que han conservado de su poeta, de los cuales uno es muy injurioso para el amor y verdaderamente poco medido: «Los mortales lo llaman Eros, el dios alado; los inmortales lo llaman Pteros, el que da alas.»—Platón, Diálogos Socráticos, Fedro.—Œuvres Complètes de Platon, tome 2, Paris, Charpentier, 1869, pag. 343.

perdido pretender determinar la colaboración individual de estos poetas en la obra común, no sólo por la ausencia completa de datos históricos, sino porque no debemos nunca juzgar de las cosas antiguas con nuestras ideas modernas. El historiador, como Alcibiades, debe ser persa entre los persas y griego entre los griegos. Nacidos y educados en esta época de encarnizadas energías individuales, somos pocos aptos para comprender las grandes obras colectivas cuyos autores desaparecen en el anónimo impenetrable; no creemos fácilmente que haya habido humanos que consintieran en el eterno olvido de sus méritos propios para formar el renombre inmortal de una *gens* ó de una raza. No hay que atribuir esto á generoso altruismo de ellos y á implacable egoísmo nuestro, sino á las diferentes concepciones que de la gloria han tenido los hombres. La gloria siempre ha hipnotizado á la humanidad, pero de maneras diferentes. Hoy, en las sociedades perfectamente diferenciadas, todos, en mayor ó en menor escala, con más ó menos nobleza, tenemos la ambición de lustrar nuestro nombre, nuestra persona, nuestro yo. Víctor Hugo, lamentándose de no encontrar grabado el nombre de su padre en el Arco de la Estrella, entre los resplandecientes nombres napoleónicos, lo grabó, con una altiva inscripción, en el Arco Triunfal de su lírica. En cambio, los obreros, en la Edad Media, vivían y morían trabajando de generación en generación en la iglesia de su

pueblo, para su pueblo y para su iglesia, entonando los colores de un vitral, cincelando un relieve en el pórtico, colocando una estatua sobre el pináculo; y en vez de los nombres de tan excelsos artífices, nuestra curiosidad ofendida sólo encuentra los nombres de una aterradora vulgaridad que las caravanas de turistas han escrito con el lápiz impío en los mármoles divinos. Igualmente, en las primitivas sociedades griegas, las personalidades no tienen la madurez necesaria para desprenderse de la agrupación; y, de hecho, no se desligarán de ella, de una manera completa, hasta el nacimiento de la poesía lírica, que es esencialmente individual. La *Ilíada* es un coro, sí, el coro que un pueblo entona con su robusta voz unánime. No es posible que sea un poema individual y determinado; tiene que ser un poema colectivo y anónimo. Es la producción de todos los Homéridas, que, de generación en generación, transmitíanse el genio de la Musa heroica y el tesoro de la poesía legendaria, y cifraban todo su afán y todo su orgullo en perfeccionar el Poema común agregándole un canto, un episodio, un diálogo, una metáfora, un simple exámetro, y comparaban sus obras con el nombre mítico de su *gens*, con el epónimo divino que, personificando á la descendencia, absorbía en su gloria inmortal la gloria efímera de sus hijos, *Homero!*

II

Los bardos nómades que explotaban el fondo común de la leyenda, cantando poemas en los palacios de los príncipes y en las fiestas públicas de las ciudades, aparecen desde la más remota antigüedad como inspirados por la Musa en el dulce arte musical de la poesía, y fueron los precursores de la gran condensación del genio épico de los Homéridas. Fueron los primeros que encauzaron en el verso armonioso los inagotables veneros poéticos del alma popular. En la belicosa Kymé «ceñida de murallas» surgieron los viejos aedas cantando con voz ruda las proezas del Rey Agamemnón y del púgil Aquiles; y esos cantos luego, en boca de los bardos de la gloriosa Smyrna, se agruparon, se depuraron, se perfeccionaron en brillantes epopeyas fragmentarias, para obtener, por último, en la isla roqueña de Kios, su definitiva y magnífica eflorescencia en la obra genial de los Homéridas. Leed y releed la deliciosa pintura que ha hecho el delicioso Anatole France, en un cuento titulado «El Cantor de Kymé» del Viejo Aeda Ciego, «cuyos pies desnudos tenían el color de los caminos sobre los

cuales erraba hacía tantos años;» que «enseñaba la poesía y la música, como á él se las había enseñado su padre, á los niños de Kymé, entre los cuales había muchos ciegos, porque se destinaba de preferencia al estado de cantores á aquellos que, por estar privados de la vista, no podían trabajar en los campos ni seguir á los héroes en las guerras;» y que «acordando su lira,» comenzaba así su enseñanza: «Escuchad, oh niños, el combate de Patroklo y de Sarpedon. Este canto es bello.» Y aun cuando el escritor francés se equivoca presentando como un Homérida, como Homero mismo, á su personaje, que nos causa la impresión de un bardo lejano, lejanísimo de los Homéridas, de un abuelo de Homero, sin embargo, es tan acentuada esta impresión, tan honda, que nos sentimos en presencia de un ser vivo, del tipo característico del Aeda primitivo, resucitado de la leyenda griega al conjuro de un supremo exorcismo del arte.

El estado de cantor, el oficio de aeda, semejante al de médico, al de adivino, al de carpintero, era altamente estimado por nobles y por plebeyos, y gozaba de dignas prerrogativas. Los doce pretendientes de Penélope que se instalaron en la mansión de Odiseo, codiciando las riquezas del héroe, habían llevado un bardo de sus palacios de Itaka: Odiseo, regresando inesperadamente de su viaje fabuloso, mató sin piedad á los pretendientes, y perdonó magnánimo la vida al cantor. El poderoso Agamemnón, partiendo á la

expedición contra Troya, dejó á su esposa Clitemnestra al cuidado fiel de un venerable aeda.—Los poetas eran, en los festivales de los hombres, lo que eran las Piérides olímpicas en los banquetes de los Dioses. La Musa les daba un cetro más respetado que el cetro de oro de los heraldos, la rama de laurel; y ellos, en cambio, la rendían pleito homenaje invocándola para que les inspirase cantos melodiosos; porque para los griegos, la Musa, como todas las personificaciones de la leyenda, tenía existencia real y cantaba himnos y poemas por la voz de los aedas, como Héfestos trabajaba en el yunque por la mano de los artifices, labrando yelmos y combando corazas. Los Homéridas cuentan en la Rapsodia II de La Iliada, que las Musas, «habiendo encontrado en Dorion al aeda Thamyris que venía de Echalía, del palacio del rey Eurýtos, lo volvieron mudo porque se había vanagloriado de vencerlas cantando: y ellas, las hijas de Zeus tempestuoso, irritadas, le quitaron la ciencia divina de cantar y de tocar la cítara.» Los mismos Homéridas, en la Rapsodia VIII de La Odisea, hacen una pintura nobilísima del aeda Demodokos, que, en un banquete con que el magnánimo rey Alkinoos agasaja á Odiseo, canta algunas escenas culminantes de la vida heroica: «. . . Y un heraldo llegó, conduciendo al Aeda armonioso, Demodokos, á quien veneraba el pueblo, y lo colocó en medio de los convidados, apoyado contra una alta columna. Entonces Odiseo, cortando

la parte más grande del lomo de un puerco de blancos dientes, y que estaba envuelto en grasa, dijo al heraldo: «Toma, heraldo, y ofrece, para que la coma, esta carne, á Demodokos. Yo también lo amo, aun cuando esté mi corazón afligido. Los Aedas son dignos de honor y de respeto entre todos los hombres terrestres, porque la Musa les ha enseñado el canto, y ama la raza de los Aedas.» Habló así, y el heraldo puso el manjar en manos del héroe Demodokos, y éste lo recibió, lleno de alegría. Y todos extendieron las manos al alimento colocado delante de ellos. Y cuando se saciaron de beber y de comer, el sutil Odiseo dijo á Demodokos: «Demodokos, te estimo más que á todos los hombres mortales, sea que la Musa, hija de Zeus, te haya instruido, ó Apolo. Has cantado admirablemente el destino de los Aqueos y todos los males que han sufrido Canta ahora el caballo de madera . . . que el divino Odiseo condujo con astucias á la ciudadela, repleto de los hombres que derribaron la ciudad de Troya. Si me cuentas exactamente estas cosas, declararé á todos que un dios te ha dotado con benevolencia del canto divino»—Oid, por último, este fragmento de un himno cantado en honor de Apolo en una fiesta pública, por un aeda que, hablando de su propia condición personal, un Homérida sin duda, un Homérida de Kios, Homero mismo, según Thucydides, se recomienda, en versos conmovedores, al piadoso recuerdo de las jóvenes vir-

genes de Delos: « . . . Salud á vosotras todas! Y tenedme presente en vuestro recuerdo, y si alguno de entre los hombres terrestres, un extranjero desventurado, llegara y os interrogase así: Oh, jóvenes, quién es este hombre, el más armonioso de los Aedas, á quien escucháis llenas de encanto? respondedle entonces, con toda benevolencia: Es un hombre ciego; habita la roqueña Kios, y sus cantos serán los mejores en el porvenir. Y nosotros, errando á través de las ciudades populosas, llevaremos vuestra alabanza sobre toda la tierra, y todos nos creerán porque habremos dicho la verdad!»

III

La producción poética de los aedas se condensa en un enorme ciclo épico compuesto de treinta ó más poemas, relativos, unos á la expedición troyana, otros á la leyenda del sitio de Thebas, y uno solo á las hazañas de Heraklés Corazón de León. Los primeros fueron completamente eclipsados por la incomparable belleza de La Iliada, que logró realizar, en cuatro de sus cantos, la perfecta unidad épica. Dos poetas posteriores á los Homéridas, Arctinos de Mileto y Leschés, quisieron, con dos poemas troyanos, *La Toma de Ilios* y *La Pequeña Iliada*, desarrollar y completar la acción que se suspende en la epopeya homérica con los funerales de Héctor, cometiendo el sacrilegio que cometería un escultor que intentara poner brazos á la Venus de Milo. De la misma época que La Iliada fué un vasto conjunto de cantos épicos elaborados por una *gens* de Samos, análoga á la *gens* Homérica de Kios, los Creophilenses, que tomaban nombre de su antepasado epónimo Creóphilo; y sábase que esa epopeya, titulada *La toma de Æchalia*, cantaba cómo el rey Eurytos negó la mano de su hija Yolé al in-

vencible Heraklés, y cómo éste, enormemente irritado, lanzó contra la ciudad real de Æchalia su fuerza colosal. Merece citarse también un poema del ciclo tebano, antiquísimo, probablemente anterior á La Iliada, anónimo, de siete cantos y cinco mil seiscientos versos, *La Tebaida*, que cantaba la funesta empresa de Adrastos, rey de Argos, contra Eteoclés, rey de Thebas, comenzando con esta invocación: «Canta, oh Musa, la ciudad sedienta de Argos, donde los jefes» y, según serias conjeturas de la crítica histórica, la Tebaida tuvo una profunda y vasta influencia poética, pues no sólo inspiró algunas veces al tebano Píndaro, sino que dió al gran Eskylo el argumento formidable de su tragedia *Los Siete contra Thebas*.

IV

No llama la atención, antes parece natural, que el insaciable olvido haya devorado tanta riqueza poética; lo que pasma es que la fiel memoria de un pueblo conservara, casi intactos, á través de varios siglos, los cuarenta y ocho cantos de La Iliada y de La Odisea! Un pueblo no puede dar una prueba más grande de amor á la santa poesía. Puede decirse, en verdad, que Grecia amó á Homero con el amor que triunfa de la muerte. La formación de La Iliada, según los cálculos de Grote, está comprendida entre los años 850 y 776 antes de Jesucristo, más bien antes del año 776, «porque estamos acostumbrados á considerar á los Homéridas como anteriores á Arctinos, que vivió poco después de la primera Olimpiada,» y más bien con posterioridad al 850, no sólo porque el cálculo concordaría con la opinión de Herodoto, sino «porque mientras más alejemos al poema en el pasado, hacemos más sorprendente el fenómeno de su conservación, fenómeno ya bastante maravilloso, desde aquella época y aquella sociedad hasta los tiempos históricos.» A las mismas conclusiones llega el entusiasta historiador de la poesía épica griega, Maurice

Croiset, diciendo que «lo que debe tenerse presente, es que la formación de los poemas homéricos ha debido llenar un período bastante largo de tiempo, y, en consecuencia, no estamos obligados, en manera alguna, á escoger un dato preciso con exclusión de los otros datos, pues, en rigor, pueden ser todos ellos verdaderos simultáneamente. Considerados en su conjunto, determinan una vasta extensión de tiempo, durante la cual los poemas homéricos han debido nacer y desarrollarse.» Después de esta observación indispensable, M. Croiset cree poder afirmar que la integración, la «creación» de La Ilíada, «es el gran hecho literario y moral del siglo IX antes de la Era Vulgar.»

V

Es, en efecto, un prodigioso fenómeno de amor popular la conservación de La Ilíada. Pero no estamos, señores, en presencia de un milagro. Ese fenómeno tiene sus explicaciones naturales. Desde luego, es de suponerse que la *gens* de los Homéridas de Kios, más madura y mejor dotada que las otras, por más cohesión en sus tradiciones, por más afinidad en sus gustos literarios y por mayor persistencia hereditaria del genio poético, estuvo en condiciones excepcionalmente propicias para hacer obra duradera, extrayendo, de la leyenda comprensiva y difusa de Dioses y de Héroes, una serie de episodios épicos concretos, claros hasta la transparencia, precisos hasta la sobriedad, variados como el movimiento y reales como la vida. Las proezas de Agamemnón y de Patroklo, de Menelao y de Paris, informaban, sin duda, una multitud de cantos anteriores y contemporáneos de La Ilíada; el fluente peplo de la blanca Helena se arrastraba ya en el exámetro sonoro de los bardos; pero seguramente las heroínas y los héroes del ciclo troyano estaban aún indecisos y vagos en una poesía

que se esforzaba por vivificarlos, sin que correspondieran á las luminosas y fuertes imágenes que de ellos llevaba el pueblo en el alma; y los aedas homéricos cumplieron el prodigio, pasando esas imágenes á la obra literaria, íntegras, vivas, sangrientas, brutales, magnánimas, humanas, divinas, dando á Ajax un escudo inmovible como torreón de ciudadela; á Odiseo una astucia temeraria y un valor prudente; á Diomedes un empuje juvenil lleno del entusiasmo fogoso de los corceles en la infinita libertad de la llanura; á Aquiles el escudo fabricado en las fraguas de Héstos y la pesada, la inmensa, la sólida lanza de Peleo; á Andrómaca el arco iris de la virtud sobre la nube de los dolores; á Hécabe las notas más solemnemente tristes del duelo lamentable; á Héctor el valor sosteniendo al deber y la pujanza ardiente del guerrero junto á la viril ternura del esposo; y á Priamo el beso heroico que ponen sus labios de padre en la mano que mató á su hijo, cumpliendo la proeza moral más alta del poema y purificando con ella el alma de Aquiles, que en una espléndida metamorfosis revela su divino origen, ascendiendo del odio que grita á la piedad que llora! Los aedas homéricos fabricaron cuerpos hercúleos para que abrigaran almas inmensas; hicieron cada tipo del tamaño de cada pasión humana. En este sentido podía decir Miguel Angel que, leyendo á Homero, se sentía alto de veinte pies. Sí, la humanidad homérica es más grande que el natu-

ral; pero conserva la armonía de las proporciones, que es la verdad en el arte, como las estatuas pueden ser mayores que el modelo sin dejar de representar el modelo. Los homéridas no traspasaron las metas ideales de la Naturaleza, no llegaron al obscuro y delirante dominio de los Apocalipsis patológicos. La hipóbole de La Iliada no es interminable; el ojo puede abarcarla sin fatiga; el espíritu puede aceptarla sin esfuerzo; es altiva y radiante; comienza en la tierra de los mortales y termina —no muy alto— en el Olimpo de los Dioses.

La elaboración piadosa y amantísima de esta poesía límpida y fresca, que manaba de la boca de los poetas como corriente que fluye de una gruta de ninfas, suscitó delirantes entusiasmos en los festines de los nobles, de los dinastas descendientes de los héroes que se ilustraron en Troya, y en las solemnes congregaciones de los pueblos que acudían en masa á los concursos y á los juegos públicos de la Grecia. Y naturalmente, en torno de los poetas creadores se agruparon los discípulos fieles, los amigos devotos y los dúctiles aficionados. De los discípulos salían poetas, de los amigos salían propagandistas y de los aficionados salían *rapsodas*. Estos últimos, como veremos, tuvieron un papel importantísimo en la conservación de la epopeya homérica.—Desde tiempos inmemoriales el arte de la poesía, ligado aún al arte de la música, era objeto de enseñanza y aprendizaje. La

memoria, que el uso de la escritura vino después á debilitar tanto, debió de haber tenido, por el constante ejercicio, un extraordinario poder de retención. Fué, como todo en aquellos tiempos, heroica. Sin embargo, astuta como Odiseo, se valía de mil artificios contra las ocasiones de olvido. El pueblo griego, con sapientísimo buen juicio, fué un tenaz conservador de las formas literarias tradicionales que subsistieron durante todo el ciclo épico, aun cuando encubrieran audaces novedades poéticas. Los poemas homéricos están plagados de epítetos permanentes, inmutables, que se aplican con una fidelidad escrupulosa á los Dioses y á los Héroeos, convengan ó no á sus diversas situaciones y condiciones en las múltiples fases del desarrollo épico. Son epítetos que están adheridos definitivamente á los personajes, como la piel está adherida á los músculos. Heré, irritada ó contenta, excitando la discordia ó amando á Zeus, es siempre «la de los ojos bovinos;» Héfestos, quieto en el descanso ó apresurado y jadeante en la labor, es siempre «el ilustre Cojo;» Afrodita, lastimada por la lanza brutal de Diomedes ó atándose con broches de oro el cinturón de las voluptuosidades, es siempre «la blanca Diosa que ama las sonrisas;» Odiseo, en el clamoroso agora ó en la turbulenta brega, es siempre «el sutil que se complace en el dolo y el embuste;» Agamemnón, heroico en la pelea ó autoritario en el consejo, es siempre «el rey de los hombres que manda á

lo lejos;» y Aquiles, en el aislamiento sombrío de la tienda ó su vertiginosa carrera inmensa alderredor de la muralla de Ilios, es siempre «el divino de los rápidos pies.» Las descripciones verdaderamente homéricas de La Ilíada* no son difusas ni minuciosas, son siempre claras y esenciales; por la pureza de sus contornos y por la concentración palpitante de sus elementos en imágenes simples, fuertes y diáfanas, *se graban en el espíritu con la persistencia de verdaderas impresiones visuales.* Las comparaciones, esas antorchas del recuerdo, que, cuando son precisas y sobrias, ayudan tanto á la memoria, dándole puntos de referencia, *están escalonadas en la epopeya como señales y distribuidas como guías* en todos los momentos culminantes de la acción dramática. Los diálogos, tan animados, tan íntimamente tejidos en la narración, y que tanto acentúan los tipos de los personajes, se caracterizan por una monotonía que consiste en que *las palabras pronunciadas por uno de los interlocutores son casi siempre repetidas por el otro, en todo ó en parte.* Por último, los diálogos y las narraciones *se apoyan mutuamente, repitiendo éstas, en relatos concretos, lo que aquéllos habían*

* Estas ideas relativas á los elementos mnemotécnicos del poema, son enteramente originales, y las someto al examen de los que sean capaces de poner *todo su amor* en los estudios de alta literatura. Ahora las indico, algún día las explicaré.

puesto en forma activa y viviente ante nosotros, ó viceversa.—Á esta simetría interna ó literaria, corresponde la simetría exterior ó material que resulta del tamaño necesariamente uniforme de las escenas que integran los cantos y de los cantos que forman la epopeya; y debido á esto, después de leerla, nuestro espíritu, en vez de sentirse desorientado y abrumado, como cuando hacemos un peligroso viaje á través de las grandiosas monstruosidades de la Biblia, se siente aligero y festivo en ese mundo azul de formas luminosas y bellas, y en la cima de nuestro recuerdo, como en la somidad de un Akropolis, La Iliada se alza envuelta en la gloriosa clámide de Helios, con las proporciones serenas, blancas y puras de un Templo consagrado á los Dioses y á los Héroes por el genio humano!

VI

Después de leerla, he dicho. Y de leerla cómo, Dios mío, traducida á la prosa opaca y profanadora! Entonces no había lectores inclinados en sus gabinetes silenciosos sobre las silenciosas páginas de un libro, en largas confidencias con los renglones discretos; sólo había oyentes en tumultuosos auditorios que recogían con aclamaciones los oráculos sagrados de la Musa, que les revelaba los esplendores de su pasado divino y heroico; y necesitamos apelar á todas nuestras facultades imaginíficas para reconstruir, vivos y palpitantes en el contagio de los entusiasmos, esos festivos solemnes en que el pueblo iba á oír el poema nacional declamado por el Rapsoda, que, con su lauro de oro en la frente, su túnica roja como la sangre de los héroes, su gesto trágico como máscara esquiliana, su voz que murmuraba amores, que gritaba cóleras y que clamoreaba combates; y ya haciendo flotar, con la magia de las entonaciones, la cabellera inmortal de Heré en el airoso ritmo de los ondulantes versos, ya lanzando el grito triple de Aquiles con la sonoridad de un alarido de trompeta y el grito triple de Athena con la sonoridad de una imprecación de bronce, y ya arrastrando en el jadeante co-

rrer de los exámetros á las turbas troyanas, entre la polvareda de los carros y los desastres del atropello y los exterminios de la confusión, con el vuelo enloquecido de una ráfaga de pánico, era la Lengua humana y sinfónica de los huracanes épicos que sacudía en un inmenso delirio patriótico y religioso el alma de todo un pueblo!*

En un principio, el mismo aeda se ponía en comunicación directa con el público, acompañando su recitación melodramática con los acordes de la cítara. Los primeros homéridas así lo hacían: cantaban sus propias creaciones poéticas, como el Demodokos de La Odisea, como el ciego del Himno á Apolo. Después, se diferenciaron las funciones del poeta creador y del rapsoda recitador. Una cosa fué el arte de componer y otra el arte de recitar; y la recitación, como la poesía, empezó á formar el objeto de una enseñanza y de un aprendizaje especiales. Los rapsodas, que probablemente surgieron, como he dicho, de los aficionados que atraía el genio de los poetas, acabaron por formar, con el tiempo, una clase muy numerosa, dedicada con grandísimo éxito á la recitación primero, á la recitación y al comentario después, de los poemas homéricos, —concurriendo como competidores á disputarse premios en las fiestas y en los certámenes públicos de toda la Grecia. Y fué tanta su in-

* Platón, en un diálogo satírico, «Ion,» caracteriza de admirable manera el arte fogoso y mímico de los rapsodas.

fluencia, que Solón expidió un reglamento legislativo que normaba las recitaciones rapsódicas en los programas oficiales de las fiestas, con el objeto de que la sucesión regular de los cantos épicos desenvolvese ante los athenienses la epopeya homérica en toda su integridad. Pero, haciéndose sentir cada día con más urgencia la necesidad de tener un texto escrito de los poemas, que evitara los naturales desacuerdos y los frecuentes debates de los rapsodas, Pisístrato logró, á fuerza de inteligencia y de constancia, dotar á la Grecia de un manuscrito definitivo de la obra de los Homéridas; y, conforme á él, los rapsodas fueron obligados á declamar en las Panatheneas, las dos epopeyas completas —La Iliada y La Odisea,— alternándose en la recitación.—Esto nos parece excesivo, acostumbrados, como estamos, á dosis cada vez más pequeñas de poesía y á las frivolidades de un arte de lujo; pero el griego, que en Athenas escuchaba, en una sola fiesta, nueve tragedias, tres dramas satíricos y otras tantas comedias, era insaciable de belleza, y las Horas ligeras que manejan el carro del tiempo, detenían su marcha ante el maravilloso espectáculo de un pueblo completamente absorto en la evocación poética de su pasado

Y qué injusta es, señores, la mordaz ironía de Sócrates dialogando con Ion! La Iliada y La Odisea vivieron en el recuerdo gracias á los rapsodas: ellos fueron los intermediarios entre los versos de los poetas

y las almas de los pueblos; su voz poderosa fué el libro viviente y patético que divulgó la santa epopeya nacional; por ellos está humanizada en la imaginación de los hombres la venerable figura del antepasado mítico de los Homéridas, del errante Homero, alimentado de poesía por las Musas para que, á su vez, fuera el nutricio divino de la blanca Grecia; y por ellos y sólo por ellos llegan todavía á nuestros oídos —como un coro de notas argentinas— las palabras de las jóvenes vírgenes de Delos: «El más armonioso de los Aedas es un hombre ciego, habita la roqueña Kios y sus cantos serán los mejores en el porvenir!»

Septiembre, 1903.



II

LA POESÍA ÉPICA GRIEGA

—
LA ILÍADA